

MANOS CULPABLES

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Dirección: FRANCISCO-MAISO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18001 - BARCELONA

MANOS CULPABLES

Dramático e intrigante asunto, de apasionante interés

Dirección de
W. S. VAN DYKE

Es un film Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por
METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.
Mallorca, 220
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

Lionel Barrymore

Madge Evans

Kay Francis

William Blakewell

etc.

Manos culpables

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

—¿Cree usted que el asesinato puede tener alguna justificación?

—Legalmente no, desde luego.

—Ni moralmente.

—Querido amigo, ya no existe la moral. Solamente nos quedan las leyes.

Los que así hablaban eran Richard Grant, el famoso abogado, y un compañero de viaje.

Pues los dos iban en un departamento de primera en un convoy

que se deslizaba vertiginosamente por tierras yanquis.

Richard Grant era un tipo interesante. Su traje era el de un gentleman, pero él lo llevaba con esa negligencia que caracteriza a las personas de genio.

Tenía unos cincuenta años, en su cabeza comenzaba a faltar el cabello y sus ojos eran claros, brillantes y muy vivos.

Era el abogado el que pretendía

encontrar cierta justificación— aunque no de un modo general — al asesinato.

—Sólo nos quedan las leyes— repitió.

—La sociedad repudia a los asesinos.

—Pero sólo el que cae en manos de la justicia es castigado. El otro vive a pesar de su crimen y, a veces, vive bien. E incluso en el caso de caer en manos de la justicia, más de una vez ha quedado un asesino en libertad, a pesar de que todos han estado seguros de su culpa.

—Comprendo. Se refiere usted a la defensa perfecta. He leído algo de eso en las novelas.

—Las novelas sólo lo copian de la vida. ¿No sabe usted que puede cometerse un asesinato sin que haya posibilidad de descubrirlo?

—Sí. A veces, el instinto criminal va unido a la astucia. Pero el que consigue librarse de la justicia, mejor dicho, burlarla, ha de rendir cuentas a su conciencia.

—Es que a veces el asesinato es justificable.

—¿Usted cree?

—Durante diez años fui fiscal de Nueva York y mandé a muchos

acusados a la silla eléctrica. Ahora ejerzo por mi cuenta de abogado y consigo la libertad de ellos. No le quepa duda de que a muchos de los que mandé a la silla eléctrica los habría mandado ahora a la calle. ¿Dónde está la moral? Leyes y sólo leyes, amigo mío.

—Pero la Biblia dice: "No matarás."

—También dice: "Una vida se paga con otra."

—Parece mentira. ¿Un doctor en leyes defendiendo el asesinato?

—No he dicho tal cosa.

—Ha dicho que en ciertos casos el asesinato es justificable.

—En ciertos casos. Nada más que en ciertos casos.

—Aunque así sea...

—Y he dicho también que un hombre inteligente puede cometer un asesinato de modo que sea imposible descubrirlo.

—En eso estamos de acuerdo, pero en lo otro...

—Con permiso de usted, voy a arreglarme un poco. El tren está a punto de llegar a la estación en la que he de apearme.

Se estrecharon la mano y se separaron.

Grant se fué al departamento de

aseo. Después llamó al criado para que le cepillara.

El convoy entró en la estación lentamente.

* * *

Una muchacha rubia, de belleza angelical y gracia etérea, corría por el andén a lo largo del convoy.

Al ver a Grant, que en aquel momento había bajado del convoy, exclamó jubilosa:

—¡Papá!

Grant, asombrado, miró a la joven.

—¿Eres tú, Bárbara?

—¿Por qué lo dudas?

—Porque te veo hecha una mujer. ¡Y tan guapa!

—Ahora lo comprendo. ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto! Yo he cambiado y tú no.

—¿Y tu tía? ¿Se quedó en la ciudad?

—No. Está aquí conmigo.

Al mismo tiempo se habían abrazado. Richard Grant acariciaba los cabellos de su hija. Hacía bastante tiempo que no la había visto. Desde que se quedara viudo, Bárbara

se fué a vivir con su tía. Grant tenía mucho trabajo y no habría podido atender debidamente a la educación de su hija, aquel ser que era lo único que tenía y quería en el mundo.

—No sabía que estuvieras aquí.

—Pues te lo dije en una de mis últimas cartas.

—Entonces es que se me había olvidado. ¿Quién te dijo que venía yo?

—Míster Rich.

—No sabía que lo conocieras.

—Hace tiempo que visita nuestra casa. Nos invitó a venir a su isla y como tía Maggie tenía muchas ganas de conocer este paraíso marino...

—¿De modo que esto te parece un paraíso?

—Realmente...

Y Bárbara sonreía de un modo

extraño, como turbada, como si callara algo muy importante.

No pudo el padre comprender aquella actitud.

—¿Cómo vamos a trasladarnos a la isla?

—En mi canoa. Nos está esperando en el embarcadero.

Subieron a la canoa y ésta, conducida audazmente por la mano experta de Bárbara, recorrió en unos minutos las diez millas que separaban la isla de tierra firme.

II

Entró Grant en casa de mister Rich.

Era éste un hombre que frisaba en los cuarenta y cinco años. Vestía elegantemente y había en su porte algo arrogante y distinguido y un no sé qué que denunciaba al mismo tiempo que su alto origen, sus riquezas fabulosas.

—¿De qué se trata esta vez? — preguntó Richard Grant mientras tendía la mano a Gordon Rich.

—Quiero hacer otro testamento.

—¿Más mujeres?

—Sí.

—Más euredos que usted pretende que yo deshaga, ¿verdad?

—Sería mejor que dijera usted "asuntos para solucionar".

—Le he solucionado ya tantos asuntos de esta clase, que sé su verdadero nombre.

Rich se había sentado a su mesa de despacho, ofreciendo una silla a Grant para que lo hiciera al lado suyo.

Sacó del cajón un puñado de retratos y los depositó sobre la mesa.

Uno a uno fueron pasando por las manos de mister Grant, al mismo tiempo que el abogado hacía preguntas que eran contestadas por Rich con una evidente falta de sinceridad.

—¿Qué hay que hacer con ésta?

—Murió.

—Eso es grave. ¿Un suicidio?

—No. Se cayó por la ventana de mi casa.

—Me parece recordar. Tenía sólo dieciséis años, ¿verdad?

—Sí.

—Creía que este asunto estaba solucionado.

—Ahora vuelve a resurgir.

—Procuraremos arreglar este...

—Accidente.

—Está bien: accidente.

Otro retrato.

En su reverso leyó Grant:

Mazie Tavis. Cinco mil dólares.

—Eso estoy dispuesto a darle.

—¿Y a Gertrude Smith? —dijo Grant cogiendo otro retrato y leyendo el dorso—. Cinco mil dólares y el viaje a Europa. ¿No es eso?

—Exactamente.

Y los retratos fueron pasando por las manos de Grant, al mismo tiempo que por sus labios pasaban los nombres de Helen Sprague, las hermanas Day y otros muchos que formaban la lista de las aventuras de Rich, lista de la que él se había ufano siempre pero que ahora empezaba a pesar sobre su vida y tal vez sobre su conciencia.

—¿Nada más? —preguntó el abogado.

—Nada más.

—Entonces vamos con el testamento.

Y añadió bromeando:

—Supongo que no pensará morirle usted.

—Ni mucho menos. Nunca me he encontrado mejor que ahora. Estoy fuerte como un roble.

—En fin, usted sabrá por qué quiere cambiar su testamento. Manos a la obra.

Pero Rich le sorprendió con este aplazamiento:

—Eso lo arreglaremos mañana.

—¿Mañana?

—Sí.

—Entonces, ¿qué interés tenía en que estuviese hoy aquí?

—Es que quiero hablarle de otra cosa.

—Veamos.

—Estoy decidido a casarme.

—¿A casarse usted?

Y Grant se echó a reír.

—¿Por qué no me he de casar?
Sólo tengo cuarenta y cinco años.

—No sea usted modesto y diga la cifra exacta.

—Supongamos que son cuarenta y siete.

—Ya se va poniendo usted en razón.

—Además, soy rico. Puedo hacer feliz a la mujer más exigente. ¿Por qué no me he de casar?

—La respuesta la tiene usted en esos quince retratos que acabamos de romper.

—Eso es distinto.

—¿Cuántas veces habrá usted dicho lo mismo para triunfar en una aventura!

—Le aseguro que esta vez es distinto. Y usted será el primero en darme la razón.

—Dejémonos de comentarios y dígame quién es la afortunada mortal.

—Para decirselo es para lo que le he rogado que viniera.

—¿Acaso la conozco?

—Es su hija.

Rich había hecho esta declara-

ción con naturalidad y con firmeza, como si estuviera muy seguro de que había de lograr su propósito.

Richard Grant, en cambio, estaba tan confundido, que no sabía qué decir.

De pronto, sus ojos brillaron extrañamente y una sonrisa que era una mueca torció sus labios.

—Está usted muy equivocado si cree que se casará con mi hija.

—¿Y si nos queremos?

—¡Calle! Detesto el sentimentalismo. Adoro a mi hija. Es todo lo que tengo en el mundo. Además, ¡se parece tanto a su madre!... En modo alguno consentiré ese matrimonio.

—Pero si ella me quiere. Si ella desea casarse conmigo.

—Aunque lo desee.

El amor propio del hombre que nunca había fracasado en una cuestión femenina se sintió herido.

—Puesto que se pone usted en ese plan—replicó—, le diré que me casaré con su hija por encima de todo.

Grant sonrió de tal modo, que sólo él podía saber lo que había tras aquella sonrisa.

—Usted no se casará.

—He debido decir "nos casare-

mos", porque los dos lo deseamos y somos los dos los que nos hemos de casar.

—Los que *no* se han de casar.

—No puede usted hacer nada para impedirlo.

—Lo impediré.

—Sería curioso saber cómo.

—¿Cree usted que sería curioso?

—Desde luego, ha despertado usted mi curiosidad. ¿Sabe usted por qué? Es muy sencillo: porque no creo que exista ningún medio para que usted impida nuestro matrimonio.

—Sin embargo, existe uno infalible.

—¿Cuál?

—Verá usted, amigo Rich. Hace poco sostenía yo que el asesinato es a veces un acto de justicia.

No pudo Rich evitar un ligero estremecimiento ante la ligera sonrisa que Grant le dedicaba.

—Supongo que eso no es una amenaza.

—No es una amenaza. Trato únicamente de satisfacer su curiosidad.

—¿Es acaso ése el medio que va a poner en juego usted para evitar mi matrimonio con su hija?

Grant, evadiendo una respuesta más concreta, contestó con un aplomo

que llenó a Rich de inquietud:

—Hace muchos años que debían haberle matado a usted. El mundo ganaría si usted desapareciera, porque es usted una mala persona.

—¿Habla usted en serio?—replicó Rich esforzándose por aparentar indiferente.

—Y tan en serio.

—¿Y no piensa usted que yo pueda decidir no tolerar insultos?

—Es inútil que pretenda ponerse una máscara cuando habla conmigo. Nos conocemos demasiado. Yo he sido su abogado en todos sus negros asuntos. Conozco el fondo cenagoso de su vida. A mí no me puede usted engañar.

—En resumidas cuentas, que me amenaza usted de muerte, ¿no es eso?

—No amenazo nunca a nadie... Advierto. Sólo le diré que he mandado a muchos a la silla eléctrica y que no hay nadie que sepa más que yo de asesinatos.

—¿Y qué quiere usted decir con eso?

—Que puedo asesinarle a usted y nadie lo averiguará.

—No creo que haga usted lo que dice. De modo que no me asusta.

Me casaré con su hija y usted no hará nada.

—Antes que consentirlo, le mataré.

—Sufrirá usted las consecuencias.

—No sufriré ninguna, porque no encontrarán al asesino.

—Por muchas precauciones que usted tome, le descubrirán.

—Eso lo veremos.

Y Richard Grant se dirigió a la puerta.

—No lo olvide—dijo Rich—. Sufrirá usted el castigo que merece. Si no le encuentra a usted la policía, me encargará yo de que su crimen no quede impune.

—Pero si usted estará muerto.

—No importa. Muerto y todo, me las pagará usted.

—Dejemos esto para cuando nos encontremos en el purgatorio.

Y con estas palabras llenas de sarcasmo, salió Grant de la casa donde vivía el hombre que pretendía casarse con su hija.

III

Tommy se esforzaba por comprender la actitud de Bárbara. Aca-so la comprendía, y esto era lo más doloroso y lo que le impulsaba a no creer en lo que parecía tan evidente.

Tommy era un muchacho joven que adoraba a Bárbara y que un día había creído ser amado por ella.

—¿Cómo puedes haber cambia-

de tanto en un mes? — preguntaba en tono desesperado.

Y ella se debatía:

—No sé, no sé.

—Cualquiera diría que una fuerza misteriosa te aleja de mí.

—Realmente, esa es la sensación que experimento.

—Bárbara — dijo él, resuelto a hablar con claridad—. ¿Será posible que te hayas enamorado de Rich?

—Sí, Tommy. Es posible.

—¡Oh, Bárbara! ¿Qué locura vas a cometer?

—Sólo sé que le amo.

—¿A pesar de que es un hombre viejo?

—A pesar de sus cuarenta y cinco años.

—Pero ¿tú sabes quién es ese hombre?

—Sermones no, Tommy.

El calló. Apretó los puños con rabia.

Estaban en el jardín del palacio de Rich.

Llegó en este momento Richard Grant, al que se le había destinado un pabellón inmediato a la casa.

—¿Tienes el día tempestuoso, Bárbara? — preguntó a su hija.

—Estaba discutiendo con Tommy.

—Llevas un vestido fastuoso.

—¿Cómo se te ha ocurrido fijarte en esto de repente?

—Acostumbro fijarme en todas las cosas que más o menos directamente tengo que pagar.

Y Grant añadió, dirigiéndose a Tommy:

—Procura no acalorarte demasiado, porque el que saldrá perdiendo serás tú.

Con esto demostraba que conocía bien el carácter indómito de su hija.

—Quiero hablar contigo, Bárbara. Ven después a mi pabellón.

Y con estas palabras Richard Grant continuó su camino.

—Viene de hablar con Rich — dijo Bárbara sin poder disimular su contrariedad—. Seguramente está enterado de todo.

—Ahora tendrás que escuchar un sermón, aunque no te gusten — declaró Tommy con cierta complacencia vengativa.

—Preferiría que me dieran una paliza a hablar con mi padre.

—¡Ojalá sea él quien te dé la paliza!

—¡Vaya un consuelo que me das!

—¿Qué quieres? ¿Que encima de lo que me haces sufrir, apoye a ese hombre?

Había un tono tan desgarrador, tan empapado de amargura, en estas palabras, que Bárbara sintió hacia él una mezcla de piedad y de amor, un amor que sin duda no estaba extinguido, como Tommy creía.

—No hagas caso de lo que te he dicho, Tommy— exclamó Bárbara en un transporte—. Te he querido y te sigo queriendo. Pero...

—Pero ¿qué?—demandó él con angustia.

—Pero lo que me arrastra hacia él es diferente. A él no lo puedo dejar.

—¿Estás loca!

Instantáneamente se irguió Bárbara.

—Conque estoy loca ¿eh? Adiós. Eres insoportable.

—Bárbara — la llamó el joven con tono de imploración.

—¿Qué quieres?— preguntó ella sin volver hacia atrás.

—¿Te espero?

—No.

—¿Nos veremos más tarde?

—Quizá sí, quizá no.

—Está bien.

Y Tommy, apretados los puños en un arrebató de despecho y de coraje, le volvió la espalda, mientras Bárbara corría hacia el pabellón de su padre.

Estaba el abogado terminando de cambiarse de ropa. Sólo le faltaba ponerse la americana y hacerse el nudo de la corbata.

—¡Hola, papá!

—¡Hola!

Bárbara se echó en la cama mien-

tras su padre entablaba con la corbata una lucha a muerte.

—¡A tus años y todavía no has aprendido a hacerte un nudo de corbata! Ven aquí. Yo te lo haré.

Había saltado ágilmente de la cama para correr hacia su padre.

Se entregó éste a las manos de su hija, mientras comentaba:

—Todas las mujeres os creéis que sabéis hacer los nudos de la corbata mejor que los hombres.

—Y a veces resulta que es verdad. ¿No te parece?

—¿Lo dices por mí?

—Mírate en el espejo y contesta.

Grant se miró al espejo y tuvo que convenir en que jamás se habría hecho él un nudo de corbata como el que Bárbara acababa de hacerle.

—Has ganado, Bárbara.

—Entonces, venga el pago.

—Píde por esa boca.

—Sólo un beso.

—Es barato.

Ofreció la cara a los labios de su hija.

Ella le besó y siguió al beso una larga pausa, que de pronto rompió Grant con estas palabras:

—¿Por qué no me habías prevenido de lo de Rich?

IV

La pregunta había causado a la joven el efecto que es de suponer.

Había llegado el momento difícil, para el que estaba preparada.

—Nunca me has guardado ningún secreto, Bárbara— insistió el

padre—. ¿Por qué me has ocultado lo de Rich?

—Gordon te lo quería decir él mismo.

—Hubiera preferido que tú me previnieses. Pero, en fin, eso es lo

de menos. Lo que importa es que tú no puedes casarte con ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque no le quieres, porque no le puedes querer.

Grant pudo advertir que una sombra de contrariedad cubría el semblante de Bárbara instantáneamente.

A pesar de ello, insistió:

—No, no es posible ese matrimonio. Tú eres una mujer bella y, además, tienes un gran corazón. Ese hombre no es digno de ti.

—Pero...

—Tú sabes que te quiero hasta el punto de que por tu felicidad soy capaz de hacer cualquier disparate.

—Ya lo sé.

—Por esto estoy decidido a impedir que te cases con ese hombre. Es viejo.

—Cuarenta y cinco años.

—Aunque no tuviera más que cuarenta y cinco, eso bastaría para que te doblara la edad. Pero, realmente, eso tiene menos importancia que otros inconvenientes de Rich.

—¿Cuáles son?

—El principal, que es un mal sujeto.

—Han exagerado mucho acerca de su vida.

—Lo conozco bien. ¿No ves que he sido para él una especie de confesor?

—Es que me ha prometido corregirse.

—¿De eso.

—Es una cosa demasiado seria para que la tome a risa—replicó Bárbara, incapaz de poner freno a su impulsividad.

Y añadió, cada vez más ofuscada:

—Todos los hombres tienen sus cosillas que ocultar. Tú no debes de ser menos.

—Rich es una cosa distinta. Es un hombre despreciablemente vicioso. Por fuera es un gentleman, pero por dentro es de la peor calaña.

—No puedo consentir que lo insultes de ese modo—protestó Bárbara en el colmo de la desesperación.

—Más cosas le he dicho a él y no se ha dado por ofendido.

—¿Te empeñas en martirizarme?

—Quiero abrirte los ojos. Ese hombre es indigno de ti y de cualquier mujer decente. Te llevará a la ruina moral, al desastre de todas tus ilusiones.

—No quiero ofrte.

—Aunque te pese, te libraré de él. Mañana nos marcharemos de aquí. Nos iremos donde no volvamos a ver a ese hombre.

—¿Y si yo quisiera quedarme?

—Te llevaría por la fuerza.

Bárbara se sintió vencida por el tono violento y definitivo de su padre, que por primera vez en su vida le hablaba así.

Y no encontrando otro medio de expresión para lo que estaba sintiendo, se echó a llorar.

Entonces Richard Grant se ablandó.

Acarició paternalmente a su hija. Le habló con su tono más dulce:

—Bárbara, hija mía. ¿Qué te pasa?

—La verdad es, papá, que no lo sé. Quizá tengas razón. Tal vez vaya a perder mi última posibilidad de ser feliz. Pero no puedo volverme atrás.

—Es preciso, Bárbara. Has de luchar. Voy a emplear hasta los argumentos más duros, porque es mi deber. Bárbara, escucha. Ese hombre es para el amor de una rudeza animal. Tu noche de bodas, en vez del ensueño que debía ser, será una

vergüenza que te acompañará y te torturará durante todo el resto de tu vida. En vano intentarías borrar ese recuerdo. Y no puedo consentir que eso suceda.

—No te creo.

—Es que no me comprendes, pero puedes creerme. Confía en mi experiencia de la vida.

—No puedo creerte, no quiero creerte.

—Está bien.

Y hubo una larga pausa. Durante ella, Grant, absorto, acabó de vestirse.

De pronto preguntó:

—¿Nada de lo que yo diga puede hacerte cambiar de parecer?

—Nada.

—Entonces sólo te diré una cosa. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—De eso no me cabe la menor duda.

—Y sabes que no seré nunca capaz de hacer nada que pueda redundar en perjuicio tuyo.

—Lo sé.

—Perfectamente, Bárbara. Eso es todo lo que quería decirte.

Ella no podía comprender las últimas palabras de su padre.

Lo único que comprendía era que

él renunciaba a seguir oponiéndose a la boda a la que ella se sentía arrastrada por una pasión irrefrenable.

Y esto último la llenó de alegría.

—Ahora, papá, antes de separar-

nos, también tengo yo algo que decirte.

—¿Qué quieres Bárbara?

—Quiero que me des un beso.

—¡Agradable revelación!

Y padre e hija se besaron.

V

Rich había invitado a cenar a todos sus amigos.

A la hora de los brindis, se levantó y dijo:

—Os he reunido, amigos míos, para daros una gran noticia. Como todos sois mis amigos estoy seguro de que compartiréis mi alegría. Se trata de que voy a casarme. ¿Sabéis con quién? Con la mujer más divina del mundo, con la hija de mi viejo amigo Richard Grant.

Bárbara recibió las aclamaciones de todos los presentes. Sólo su pa-

dre y Tommy se abstuvieron de felicitarla.

—La boda será mañana por la mañana—exclamó Rich.

Y entonces se oyó una voz:

—¡Que hable la novia!

Pero ella estaba tan emocionada que no podía hablar.

—Habla tú por mí, papá — le rogó.

Y Richard Grant se levantó a sustituir a su hija en el deber que las demandas de los invitados le imponían.

—No soy un padre chapeado a la antigua — comenzó diciendo— y comprendo que no se me haya pedido permiso para la realización de esta boda en que uno de los contrayentes es mi hija. Pero, por lo menos, tengo que agradecerles que me hayan anunciado la boda.

Se detuvo un momento para reconcentrar sus ideas, y añadió:

—Ella sabe que lo único que yo quiero es que sea feliz. Y usted, amigo Rich, lo sabe muy bien, puesto que precisamente esta tarde estábamos hablando de ello. Supongo que no olvidará lo que le he dicho. Supongo que recordará hasta qué extremos estoy dispuesto a llegar por que su felicidad sea un hecho. Recuérdelo bien. Recuerde que le he dicho que por su felicidad soy capaz de todo. Recuérdelo *mientras viva*. Y ahora, levántaos todos, brindad y romped las copas.

Se brindó con gran algazara. Después el baile y el concierto. Todos se divertían, menos Grant, que estaba profundamente pensativo, y Tommy, que se sentía envuelto en una atmósfera de infortunio cada vez más densa. Grant dirigió a Rich nuevas indirectas.

Pronto empezó el desfile de los

invitados. Este fué provocado por Rich que deseaba quedarse a solas cuanto antes con los escasos invitados que tenían sus habitaciones en la misma casa de Rich.

Y se fueron todos menos Bárbara, su tía y Tommy, los cuales se dirigieron a sus respectivas habitaciones del piso superior.

El último en marcharse fué Richard Grant, al cual estrechó la mano de Rich sin poder disimular la inquietud que le dominaba.

—Supongo que no olvidará usted lo que tantas veces he repetido —dijo Grant.

—La verdad es que no me preocupa lo más mínimo. También usted debe recordar lo que le he dicho yo.

—Insisto en que terminaremos de arreglar esta cuestión en el purgatorio.

A pesar de esta aparente frialdad, lo primero que hizo Rich cuando se quedó solo fué enviar a dos de sus criados, que por cierto eran negros, en pos de Grant con la orden de que en ningún momento le perdieran de vista.

—Vigíladle durante toda la noche. Y si le veis salir de su pabellón avisadme aunque esté durmiendo.

Se marcharon los criados prometiendo cumplir la orden al pie de la letra y entonces se dirigió Rich hacia las habitaciones de Bárbara.

Pero antes de que pudiera llegar, pudo convencerse de que no todos los invitados que debían marcharse lo habían hecho.

Una dama se había quedado en la casa escondida. Era ésta Marjorie West, una bella mujer de ojos oscuros y tristes, piel satinada y figura esbelta. Salió al encuentro de Rich.

—¿Qué vas a hacer?—le preguntó en tono de súplica.

—¿Por qué has cometido la imprudencia de quedarte aquí?

—¿Y tú me lo preguntas cuando acabas de declarar que vas a casarte?

—No hay otro remedio — repuso Rich con cínica franqueza—. Esa mujer ha de ser mía. Me tiene loco.

—¿Pero por qué casarte?

—Porque de otro modo no conseguiría nada. Conozco muy bien esa clase de mujeres.

—¿Pero eso será el fin de nuestro amor!—clamó Marjorie.

Rich la rodeó con sus brazos para contentarla.

—Otras muchas veces has creído lo mismo y siempre he vuelto a ti. Ahora te ruego que seas prudente. Vete a tu habitación y no salgas de allí. ¿Lo harás?

—¿He dejado de hacer alguna vez algo que tú me hayas pedido?

Por fin pudo llegar hasta la habitación de Bárbara.

VI

Llamó con los nudillos.

—¿Quién es? — preguntó dentro una delicada voz femenina.

—Soy yo, Bárbara.

—¿Qué quieres?

—Darte las buenas noches, verte por última vez antes de que te acuestes.

—Pero si no estoy vestida.

—¡Bárbara! — dijo Rich en tono suplicante—. ¿Es que no vas a permitirme que te vea un solo segundo?

Se echó la joven encima un salto de cama y entreabrió la puerta.

Aquel momento fué decisivo para Bárbara.

Apenas se hubo entreabierto la puerta, Rich la empujó y entró en el aposento como si temiera que Bárbara pudiera arrepentirse.

—Vete, Gordon. ¿Qué dirían si supieran que te he dejado entrar?

Pero Gordon no se iba. Por el contrario, miraba a Bárbara con insana avidez y cada vez se acercaba más a ella.

Sus ojos no se contentaban con pasearse por el hermoso rostro de la joven, sino que, dominados de un afán morboso, descendían por la garganta y se deslizaban por el cuerpo con lentitud acariciante.

Este contacto de aquella mirada con su carne virgen, cuyas ondulaciones se insinuaban bajo el vaporoso y casi transparente salto de cama, produjo a Bárbara el efecto de una mano lasciva que torpemente se deslizara por su cuerpo.

Fué como una corriente que la

estreñeci6, que la sacudi6 con violencia.

Instintivamente di6 un paso atr6s procurando disimular el efecto que la presencia y la actitud de Rich le producian en aquel momento en que se le mostraba tal como en realidad era.

—¡Eres divina!—murmur6 6l jadeante.

Y se fu6 hacia ella con los brazos abiertos y las manos crispadas como garras.

—¡Eres divina!

Ella le mir6 con terror. Sintió que aquellas manos, aquellas garras se asían a sus brazos y tiraban de ella, sintió... Le hubiera sido sumamente difícil traducir en palabras aquella sensaci6n de profunda repugnancia y horror, de asco y de miedo.

Entonces comprendió que su padre tenia raz6n al decirle que el recuerdo de la noche de bodas la torturaría durante todo el resto de su vida. Entonces vi6 claramente los

hajos instintos que abrigaba el alma de Rich.

Y antes de que 6l la pudiera besar, antes de que aquellos labios bchieran en los de Bárbara la miel de su pureza, ella suplic6 desesperadamente:

—¡No!

Y se ech6 a llorar. Lloraba, más que de miedo, de desencanto. ¿Aquel era el hombre con el que se iba a casar? ¿Aquel era el hombre que había de darle la felicidad en que ella había soñado? ¿Podía ser aquello, aquella mirada, aquel jadeo animal, aquella avidez insana, la base de la dicha entre dos esposos?

El estaba sorprendido.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Vete; te lo ruego.

El atribuy6 aquel estado de ánimo a la emoci6n de lo que se avecinaba y se march6 sin darle mayor importancia, mientras Bárbara enterraba en su llanto sus ilusiones.



Se fué Rich a su despacho.

Por mucha indiferencia que quería aparentar era lo cierto que las palabras de Grant le martilleaban en el cerebro.

Estaba nervioso. Sabía que si se acostaba le costaría Dios y ayuda dormirse.

Pero no era cosa de pasar la noche en vela.

Pensando, pensando se sentó a la mesa de su escritorio. Abrió un cajón, sacó un revólver, comprobó que estaba cargado y lo dejó a su derecha.

Después sacó un papel y comenzó a escribir. La pluma estaba vieja. Tuvo que dejarla y tomar un lápiz.

Comenzó a escribir:

"Para la policía. Richard Grant me ha amenazado de muerte..."

Y mientras, los dos criados negros vigilaban a Grant, ocultos entre las sombras del jardín.

Le veían en su pabellón, paseán-

dose infatigablemente. Como la ventana estaba abierta les era sumamente fácil no perderle de vista. Periódicamente, con monótona regularidad, le veían pasar por el marco de la ventana.

Pero ésta fué cerrada de pronto por Grant y pasaron unos momentos sin que éste diera señales de vida.

—¿Se habrá marchado? — preguntó uno de los criados.

—Lo mejor es que vayamos a verlo.

Pero antes de que llegaran a la casa, vieron que la sombra de Grant pasaba y volvía a pasar, proyectándose como en una pantalla en los cristales de la ventana.

—¡Míralo! Está ahí.

—Sí. Continúa paseando.

—No es necesario que nos movamos de aquí.

—En efecto, no es necesario.

Y se quedaron allí, espiándole.

VII

Pero estaba buscando Grant por su habitación como se deducía de aquella sombra que pasaba y volvía a pasar reflejándose en los cristales de la ventana?

No, Grant no paseaba, sino que por la parte trasera del pabellón saltaba al jardín y lograba llegar hasta el despacho de Rich, entrando también por la ventana.

Estaba relejendo la carta que acababa de escribir. Grant vió a su lado el revólver que había sacado de un cajón de la mesa. Esto le pareció muy importante, pues poder operar con las armas de la víctima facilitaba su propósito de hacer pasar el crimen por suicidio.

Avanzó cautelosamente, se apoderó del revólver y encañonó a

Rich. Este acto y el del disparo fueron simultáneos.

Rich se desplomó sin vida. El disparo no pudo oírse porque estaba tronando.

El abogado cogió la carta que la víctima acababa de escribir y la leyó rápidamente.

"Para la policía:

"Richard Grant me ha amenazado de muerte. Si me encuentran muerto es que Grant me ha matado.

Gordon Rich."

Puso el revólver en la mano de Rich. Se guardó la carta. Ya se iba a marchar cuando oyó una voz de mujer tras la puerta.

—Gordon... Gordon... Por favor, abre... Quiero hablarte.

Grant, con rapidez y sin hacer ruido, quitó la llave de la puerta, después de darle una vuelta.

Había reconocido la voz de Marjorie. No le extrañó, porque sabía que era una de las últimas amantes de Rich.

Y en aquel trágico momento se dijo con firmeza que había hecho bien en matarle. ¿No era una horrible afrenta para su hija que per-

manciera aquella mujer en casa de Rich horas antes de la señalada para la realización de la boda?

Había otras puertas en el despacho de Rich y Marjorie podía llegar hasta allí dando un rodeo.

Pero antes de que pudiera hacerlo ya estaría Grant en su pabellón.

Con este propósito abandonó el abogado la habitación del crimen.



—Ese tío no hace más que andar y andar—dijo uno de los criados negros.

—Déjalo que ande.

—Es que eso me escama.

—Lo que pasa es que te gusta mucho meterte donde no te importa.

—Sí que me importa. Le voy a preguntar si va a estar paseándose toda la noche.

—Y él te va a contestar que te vayas al diablo.

—Entonces me marcharé.

—Bueno. Vamos a ver qué pasa.

Fueron. Empujaron la puerta que estaba entornada y se encontraron con que, en efecto, Grant seguía paseando.

—¿Lo estás viendo? —reprochó el negro que no quería ir con su compañero.

—¿Es que tú no te has tirado ninguna plancha en tu vida?

—¿Qué pasa?—preguntó el abogado.

Pero antes de que le pudieran contestar, se oyó un grito.

—¡Asesinos!

Y Grant echó a correr seguido de los criados.

Entró en el palacio de Rich. Subió a su despacho y allí lo encontró, tendido en el suelo y rodeado por sus domésticos y sus huéspedes.

Marjorie era la que estaba más impresionada.

—¿Qué ha pasado?

Y el mayordomo contestó señalando a míster Rich:

—Está muerto.

—Váyanse todos abajo y espérenme allí.

Todos obedecieron al abogado.

Una misma expresión de horror se leía en todos los semblantes.

Esperaron unos momentos. Por fin apareció Grant en lo alto de la escalera.

Bajó lentamente. Preguntó:

—¿Quién ha descubierto el suicidio?

—Yo — contestó el mayordomo.

—¿Qué estaba usted haciendo?

—Estaba en mi cuarto cuando oí un grito de mujer.

—Yo también lo oí — dijo otro—. El grito fué: ¡Asesinos!

—¿Qué más? — inquirió Grant dirigiéndose al mayordomo.

—Corrí y encontré a míster Rich

en el suelo, tal como estaba cuando usted lo ha visto.

—¿Quién lanzó el grito?

—No sé.

—¿Acaso miss Marjorie West?

—No — repuso ella rápidamente y mirando a Grant de un modo extraño.

Miss West, que era una dama de la buena sociedad, defendía en aquel momento dos cosas: su honor y su inocencia. Confesar que había sido ella la que había lanzado el grito, equivalía a decir que estaba cerca del lugar del suceso. ¿Y cómo justificar su permanencia allí?

Aunque no lo había visto, el abogado estaba seguro de que miss West, en su deseo de entrevistarse con Gordon y hallando una puerta cerrada, había dado un rodeo para entrar por otra. Entonces fué cuando lo encontró muerto y cuando lanzó el grito. Después comprendió que si la veían allí dudarían de su honra y de su inculpabilidad en aquella muerte y echó a correr para refugiarse en su cuarto.

—Pero, en fin, todo esto no tiene la menor importancia. Es evidente que Rich se ha suicidado y que algún motivo tenía para ello.

Y entonces replicó miss West enérgicamente:

—Gordon Rich no se suicidó.

Todos la miraron. Especialmente Grant que clavó en ella una mirada escrutadora.

¿A qué venía aquella declaración de miss West? ¿Acaso le había visto saltar por la ventana de su pabellón? ¿Acaso había oído ruido en la habitación de la víctima cuando llamaba a la puerta y él quitó la llave? ¿Acaso fundaba sus sospechas únicamente en el hecho de que él, Grant, calificara sin más ni más el hecho de suicidio?

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó a miss West sin perder un átomo de su serenidad.

—Porque sé que mister Rich no tenía ningún motivo para suicidarse.

—Esos motivos no se conocen nunca. Usted vió el revólver en su propia mano y las manchas de pólvora en la camisa. Rich se pegó un tiro en el corazón.

—¡A Rich lo han asesinado! —insistió miss West tercamente.

—Por lo visto conocía usted muy bien a mi viejo amigo.

—Sé que no tenía por qué matarse.

—Sin embargo, ahí están las pruebas. ¿Sospecha usted que le han asesinado? No lo creo.

—Pues yo sí.

—Sí usted... permítame, es un ejemplo. Si usted se hubiera acercado a él con un revólver, ¿cree que él no habría luchado o dado algún grito?

La hábil acusación causó a miss West una inquietud difícil de disimular.

Continuó el abogado:

—¿Han oído ustedes, señores, algún grito de Rich?

Todos contestaron negativamente.

—¿Han oído algún rumor de lucha?

—Yo estaba despierto y ni siquiera oí el disparo — dijo el mayordomo.

—Estaba tronando y no podía oírse nada — replicó Marjorie.

—¡Buena razón! —replicó Grant —.Evidentemente es un argumento en favor de su hipótesis.

—Todos sabemos que Rich no tenía por qué matarse. La mujer que amaba iba a ser suya. ¿Se comprende que se suicidara antes de realizar su sueño? — siguió argumentando Marjorie.

—Pero ¿quién cree usted que puede haberle asesinado? Estaba rodeado de amigos que le querían. Entre nosotros no hay ninguna mujer que pueda haber cometido ese crimen por celos, ¿verdad, miss West?

Y al dejar flotando en el ambiente esta prueba contra Marjorie, Grant la miró de un modo, con tal penetración y tal fijeza, que ella se vió precisada a retirar su mirada, turbada y confundida.

VIII

Los criados negros vinieron a empeorar la situación.

Al enterarse de la muerte de mister Rich, la relacionaron instintivamente con la orden que recibieran de vigilar a mister Grant y convinieron en que debían decirlo.

Así lo hicieron, presentándose de pronto en el salón donde todos estaban reunidos.

—Nos dijo que visitáramos el pabellón de mister Grant y que, si le veíamos salir, le avisáramos inme-

diatamente, aunque estuviera durmiendo.

Todos los ojos se fijaron desconfiadamente en mister Grant, todos menos los de su hija.

—¿Cuándo ocurrió eso? — inquirió el mayordomo.

—Hace una hora.

—¿Y salió mister Grant de su pabellón? — preguntó miss West.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Después de lanzar usted el grito.

—Yo no grité — replicó miss West vivamente.

—He oído su voz muchas veces para no conocerla — dijo mister Grant.

Un momento de confusión para miss West. Pero en seguida se sobrepuso.

—¿Por qué quería mister Rich que vigilaran a mister Grant? — preguntó—. ¿No es evidente que si le mandó vigilar es porque algo temía de él?

La fuerza del argumento avivó los recelos de todas contra mister Grant.

El abogado callaba. Callaba, tal vez pensando la réplica que destruyera la acusación de miss West.

—Di algo, papá — le apremió Bárbara.

—¿Qué quieres que diga, hija mía? Todo me parece muy bien. El mandó vigilar mi casa, ¿no es eso?

Había dirigido la pregunta a los criados negros, uno de los cuales repuso:

—Sí, señor.

—¿Y qué sucedió después?

—Pues que fuimos a su pabellón y, ocultos en el jardín, nos dedica-

mos a vigilarle. Usted paseaba por la habitación.

—Es verdad, paseaba.

—De pronto cerró las ventanas y corrió los visillos.

—Bien, corrió los visillos. Y entonces me salí por la ventana de atrás.

—No, señor: se quedó usted paseándose por el cuarto.

—¿Está usted seguro de que era yo? — preguntó Grant con objeto de dejar bien sentado lo que tanto le interesaba.

—Completamente seguro. Para comprobarlo fuimos al pabellón y allí le encontramos. ¿No recuerda que estuvimos hablando con usted?

—Sí, recuerdo.

Se volvió a miss West.

—Ya lo han oído ustedes. Yo no salí del pabellón. Si Rich ha sido asesinado, ésta es mi defensa, la prueba irrefutable de mi inculpa-
bilidad.

Y encarándose con miss West, preguntó:

—¿Qué pruebas tiene usted de su inocencia?... ¿Y usted?... ¿Y usted?

Uno a uno, fué haciendo la pregunta a todos los presentes.

Cada cual dió una disculpa.

—Yo estaba acostado en el momento en que se oyó el grito.

—Y yo me bañaba.

—Y yo...

—Pero eso es lo que ustedes dicen —declaró Grant—. ¿Les ha visto alguien? ¿No? Pues esas afirmaciones no tienen valor ninguno.

—¡Le asesinaron! — exclamó miss West enérgicamente.

—Perfectamente —sonrió Grant—. Yo digo que se suicidó. Usted que le asesinaron. Yo no estaba aquí en el momento del hecho. Todos ustedes sí. Piense en lo que significa su acusación. Sospecharán de todos ustedes.

La acusación quedó flotando en el ambiente, gravitando sobre todos, deprimiéndolos. El mayordomo, con un movimiento de defensa, dijo:

—Usted, míster Grant, ha sido fiscal. Ha arrojado la luz de la verdad sobre muchos asesinatos. Encárguese de aclarar este misterio. Descubra al asesino de Rich.

—¿Quiere que yo haga eso?

—¿Quién mejor que usted?

—Nadie. Es verdad.

Y añadió, tras una pausa:

—Comprendan bien lo que esto significará. Llamaremos a la policía. Todos ustedes serán sometidos a un interrogatorio tan duro y despiadado como si fueran realmente los autores del crimen. Piensen bien en esto y díganme: ¿Quieren que llevemos las cosas adelante?

—Sí —repuso miss West.

También el mayordomo contestó afirmativamente.

Y todos los demás se sumaron a esta opinión, incluso Tommy y Bárbara, pues los dos deseaban que resplandeciera la verdad, creyendo que así el abogado quedaría libre de las sospechas que gravitaban sobre él.

—Perfectamente. Vamos a empezar los trabajos. Quédense aquí. Que no salga nadie. Desde este momento todos han de obedecerme. Soy una autoridad. Voy a hacer las primeras averiguaciones.

Y se marchó Richard Grant.

IX

Llevaban varias horas esperando.
Por fin apareció mister Grant.

—Hace muchas horas que le estamos esperando.

—Creíamos que no vendría.

Estas frases y otras parecidas oyó mister Grant, que se encogió de hombros con expresión fatalista.

—¿Qué le vamos a hacer? Estas investigaciones criminales son sumamente penosas. Ya les he prevenido.

—Pero no nos había dicho, al marcharse, que teníamos que esperar muchas horas.

La réplica era de miss West.

Otra vez sonrió Grant, como si le complaciera el estado de nerviosismo en que todas se encontraban.

—Cálmense — dijo—. Todos están un poco nerviosos.

—Eso no importa. Lo que importa es lo que haya averiguado usted durante estas interminables horas de espera.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada. He estudiado el caso y he decidido cómo he de proceder. ¿Les parece poco? Estas cuestiones son sumamente delicadas.

—¿En qué consisten sus planes?

—En interrogarlos uno a uno y aisladamente. En el entresuelo hay un pequeño salón recibimiento que servirá perfectamente para el caso. Empezaré por ti, Bárbara. Ven conmigo.

Subieron los primeros tramos de

la escalera y entraron los dos en el saloncito.

La puerta se cerró tras ellos. Bárbara estaba profundamente emocionada.

—¿Qué significa esto, papá? ¿Acaso crees que...?

—Calla, hija mía. ¿Cómo voy a creer nada en contra tuya?

Ella se pastaba nerviosamente, retorciéndose las manos. Se sentó de pronto oprimiéndose las sienes.

—¡Esto es horrible! — gimió.

—¿Qué te pasa, hija mía?

—¡Esta idea me vuelve loca!

—¿Qué idea?

—Tengo que hacerte una pregunta, papá—dijo Bárbara con súbita resolución.

—¿Una pregunta?

—Sí. Tengo un pensamiento cruel clavado en la cabeza como un hierro al rojo.

—¿De qué se trata?

—De esto, papá: ¿mataste tú a Gordon?

Grant tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular la turbación que estas palabras le producían.

—¿Por qué dices eso? ¿En qué se fundan esas dudas?

—En lo que dijiste durante la ce-

na y en el hecho de que Gordon mandara vigilarle.

El pensamiento de Grant trabajaba vertiginosamente. Con gran clarividencia, esa clarividencia que asiste al hombre en los momentos culminantes de su vida, comprendió que ya que había empezado a sacrificarse por la felicidad de su hija debía llevar su sacrificio hasta el fin. Era preciso que ella no se quedara con la duda de que su padre era un asesino. Todo, absolutamente todo, estaba dispuesto a hacerlo con tal de que el dolor de aquella duda desapareciera de la mente de Bárbara.

—Oye, hija mía — repuso—. ¿Me crees capaz de hacerte desgraciada convirtiéndome en un asesino?

—No, papá.

—¿Entonces?...

—Pero ¿por qué dijiste eso a Gordon durante la cena? ¿Por qué te mandó vigilar?

—¿Para qué empeñarnos en explicar lo inexplicable? Yo sólo te diré que jamás te he mentado. ¿Es verdad esto, Bárbara?

—Verdad.

—¿Creer en mi honor, hija mía?

—Sí, papá.



—Hace muchos años que debían haberlo matado a usted.



—¿Cómo puedes haber cambiado tanto en un mes?



—Que quiero que me des un beso.



—... Recuerde que le he dicho que por su felicidad soy capaz de todo...



Grant dirigió a Rich nuevas indirectas.



- Supongo que no olvidaré usted lo que tantas veces le he repetido.



— ¡Pero eso será el fin de nuestro amor!



Hich la rodeó con sus brazos para contentarla.



—Estaba en mi cuarto cuando oí un grito de mujer.



—Gordon Ritch no se asustó.



—Tengo que hacerte una pregunta, papá.



—¿Te ha interrogado papá?

*Grand le arrebató el trozo de
secante.*



—¿Sabe usted lo que es un juicio?

—La carta de miss West decía
que se trataba de un asesinato.



—¡Papá, papá!

—Pues bien: te doy mi palabra de honor de que Rich es el único responsable de su muerte.

Se quedó satisfecho. Había encontrado el modo de llevar al ánimo de su hija el convencimiento de que él era inocente, sin tener que mentir. Pues aunque había matado a Rich, Grant seguía creyendo que había obrado justamente y que, por lo tanto, era Rich el único responsable de lo ocurrido.

Pero Bárbara dió a las palabras de su padre la interpretación que él deseaba les diera, esto es: que Gordon se había suicidado.

—Pero ¿por qué se ha suicidado Gordon? — preguntó Bárbara, su-

mida ahora, si no en un mar de dudas, si en un océano de confusiones.

—También yo me he hecho esa pregunta, hija mía. Y creo haberle encontrado una respuesta.

Bárbara fijó en su padre una mirada llena de ansiedad.

—¿Por qué se mató?

—Ya sabes que yo conocía su vida íntima tan bien como él mismo.

—Lo sé.

Y añadió, obsesionada por aquella pregunta:

—¿Por qué se mató?

—Voy a decirte por qué creo se suicidó Gordon, hija mía. Espera un momento, vuelvo en seguida.

X

Con gran cautela para no ser visto por los que esperaban abajo, Grant se deslizó por la escalera hasta llegar al despacho de Rich, donde el cuerpo de éste yacía en la trágica postura que había quedado y con el revólver en la mano, como se lo había puesto Grant.

La vista del cadáver le produjo una impresión desagradabilísima, pero no por eso se arrepintió de lo que había hecho.

Cien vidas que tuviera Rich y cien vidas le quitaría con tal de que no pudiera arrojar el oprobio y la desgracia sobre su hija.

Buscó en la mesa y sacó los retratos que le había mostrado Rich, los retratos de las amantes a las que pensaba acallar a fuerza de dólares.

Volvió al lado de su hija, una vez en posesión de los retratos.

—Mira, Bárbara — dijo mostrándole las fotografías—. Estas eran sus mujeres. Tenía que deshacerse de ellas para casarse contigo. A ésta pensaba mandarla a Europa además de entregarle cinco mil dólares. A cada una de éstas estaba dispuesto a entregarle cinco mil dólares y diez mil a cada una de estas otras... Esta pobre muchacha, tan joven y tan linda, se tiró por una ventana, sin duda horrorizada al darse cuenta de que había perdido su honra.

El horror de aquella infortunada se había contagiado a Bárbara.

—¿A qué decirme todo eso?

—Para que sepas quién era Rich.

—¿Tiene algo que ver todo eso con su suicidio?

—Sin duda. ¿No te parece que el recuerdo de la caída de ese cuerpecillo desde el piso veinte tenía que torturarlo? ¿No es natural que el remordimiento le amargara la vida? Sin duda se suicidó para deshacerse de esos recuerdos.

—Sin duda...

Grant respiró.

—¿Lo comprendes ahora?

—Sí, ahora me explico lo que antes no me explicaba.

Pero el semblante de Bárbara seguía cubierto por un velo sombrío.

—¿De modo que yo no era para él más que una de tantas?

—Eso eras, hija mía. ¿Comprendes ahora por qué no quería yo que te casaras con él?

—Eso ya lo había comprendido antes.

Aquellas palabras produjeron al abogado profunda estupefacción.

—¿Qué dices, Bárbara?

—Que ya había decidido no casarme con él.

—¿Pero si hace unas horas te parecía un hombre maravilloso!

—Pero de pronto había cambiado para mí. Me había dejado entre-

ver la verdadera calidad de su alma.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Cuando me dió las buenas noches.

—¿Ah, miserable! ¿Acaso intentó valerse de su fuerza para...?

—Sólo intentó besarme. Pero eso fué suficiente para que yo viera en sus ojos todo el cieno que había en su espíritu.

—¿Y habías decidido no casarte con él?

—Lo había decidido y nada hubiera podido hacerme cambiar de idea.

Grant se había dado cuenta de lo inútil de su sacrificio. Había matado por salvar a su hija de un infortunio que no la amenazaba ya. Había cometido un homicidio inútilmente.

Esto le produjo tal impresión, que se echó a reír nerviosamente.

Era una risa de desvario que sorprendió a Bárbara.

—¿De qué te ríes, papá?

—De algo que no sabrás nunca.

—¿Relacionado con Rich?

—En cierto modo.

—¿Qué es?

—Una broma que en medio de todo no tiene importancia... Estoy

seguro de que a ti no te parecería graciosa... Anda, hija mía. Llama a Hasting. Ya he terminado contigo.

Se fué Bárbara y poco después entró el mayordomo en el saloncito.

—¿Tiene usted algo que decirme espontáneamente?

—Sí.

—Veamos.

—Creo que debíamos cerrarle los ojos al cadáver y quitarle el revólver de las manos. Es horrible verlo así, en ese desamparo.

—Pero ¿está usted loco? ¿Quitar la prueba del suicidio?

—Es verdad. No había pensado en eso.

—Pues piense en ello continuamente.

—Así lo haré.

—No hay que entorpecer la labor de la justicia.

—Por el contrario, hay que facilitarla.

—Usted lo ha dicho. Si quitáramos las pruebas del suicidio podrían creer que se trata de un asesinato. Y usted y yo estamos conformes en que se trata de un suicidio. ¿No es eso?

—La verdad es, mister Grant, que yo no sé a qué carta quedarme.

—¿Cree que se trata de un asesinato?

—Ya le he dicho que no creo en nada. Y al no creer en nada creo en todo. Es posible que mister Rich se haya suicidado, pero es posible también que la muerte se la haya causado otra persona. Eso se encargará de aclararlo la justicia.

—¿Está usted seguro de que lo aclarará?

—Confío en ello.

—Lo que quiere decir que usted considera a la justicia infalible. O, dicho de otro modo, que un asesino nunca puede escapar.

—Por lo menos esta vez, y dadas las circunstancias en que los hechos se han desarrollado, no creo que se escape.

—Suponiendo que exista el asesino.

—Naturalmente.

Hizo una pausa mister Grant y continuó:

—Ahora vamos con el punto más importante. ¿Quién cree usted que descubrió el suicidio?

—No sé.

—¿Luego no lo descubrió usted como antes ha dicho?

El mayordomo se azoró. La ha-

bilidad de mister Grant le había hecho caer en la primera trampa.

—Conteste — le apremió el abogado.

—Pues bien. Creo que soy yo quien descubrió el suicidio. Pero ¿cómo puedo saber que antes no vió el cuerpo de mister Rich otra persona?

—Lo que le pasa a usted es que oyó un grito y piensa, con buena lógica, que ese grito lo lanzó la persona que fué la primera en ver el cadáver. ¿No es eso?

—Permítame que no haga deducciones, mister Grant. Sólo diré lo que he visto con mis propios ojos. La situación es demasiado grave para que yo lance contra nadie acusaciones sin fundamento.

—No tiene que acusar, pero sí que debe responder sinceramente a mis preguntas. De otro modo sería imposible toda aclaración.

—Pregunte y contestaré.

—¿El grito era de mujer o de hombre?

—De mujer.

—¿Qué mujer fué la que gritó?

—Eso no puedo asegurarlo.

—Pero usted reconoció la voz de alguien en el grito.

El mayordomo vaciló.

—Me pareció reconocerla, pero como no estoy seguro...

—Es necesario que se percate usted de una cosa. Si ustedes no me ayudan, si ustedes no me dicen todo lo que sepan ¿cómo quiere usted que yo pueda descubrir nada?

—No me niego a ayudarle.

—Entonces dígame: ¿quién gritó?

—Creo que... miss West.

—Perfectamente — dijo Grant.

Y añadió levantando la voz para que lo oyeran desde fuera:

—¿De modo que fué miss West?

Entonces se abrió la puerta y apareció el rostro de Marjorie, la cual preguntó:

—¿Quería hablarme?

XI

Había en su pregunta un tonillo de reto.

Grant, con su habitual aplomo, contestó:

—Sí, tengo mucho que hablar con usted.

—¿Ha terminado conmigo, mister Grant? — preguntó el mayordomo.

—Sí.

—Entonces, con el permiso de ustedes, me retiro.

—Puede marcharse.

Cuando el mayordomo se hubo marchado cerrando la puerta tras él, Grant dijo:

—Ahora vamos a hablar nosotros.

—Habla lo que quieras.

—Síntese.

—Gracias.

Se sentó Marjorie. Hubo una pausa.

—¿Usted cree que Rich murió asesinado?

—Sí.

—Pero no tiene pruebas. No hay ningún indicio que pueda servir de base para llegar a esa conclusión.

—No me importa. De todos modos, Rich fué asesinado.

—Me sorprende su obstinación.

—Y a mí su empeño en que se dé por descontado su suicidio.

—¿Acaso no es lo mejor?

—Lo mejor, tal vez, pero no lo más justo.

—¿A qué someter a nuestros amigos al engorro de una intervención criminal?

—¿Y por qué aparentar que lo-

—¿los creemos que se suicidó, cuando no lo cree nadie en esta casa?

—Puestos en ese plan de sinceridad rabiosa e inútil, ¿por qué no es usted sincera?

—¿En qué se funda para decir eso?

—En que hay algo muy importante que usted calla.

—¿Qué es?

—Lo siguiente: usted fué la primera en ver el cadáver. Usted fué la que lanzó el grito. ¿Por qué no lo confiesa?

Marjorie se irguió.

—Pues bien, lo confieso.

—¿Lo dirá así mismo a la policía cuando llegue?

—Sí.

—¿Dirá usted que era su amante?

—No tengo por qué ocultarlo— exclamó miss West en un gesto de desesperación.

Y añadió cada vez más excitada:

—Diré eso y diré que siempre amé a Gordon. En un tiempo fui para él lo más importante del mundo. Después las cosas cambiaron, pero yo le seguía amando como

siempre, yo le amaba más que a mi propia vida.

—¿En suma?...

—Que Gordon no se suicidó.

—Entonces ¿fué asesinado?

—Sí, fué asesinado.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé.

—Pues hay que averiguarlo.

—Eso mismo pienso yo.

—Busquemos un móvil del crimen. Rich iba a cambiar su testamento. Para eso me llamó. Y como el testamento que iba a cambiar está hecho en favor de usted, podrá verse fácilmente que la muerte de Gordon la ha beneficiado. ¿No podría ser ésta la causa del asesinato?

—Soy inocente. Lo sabe usted muy bien. En cambio... dígame ¿cómo justificar el suicidio?

—Conteste a mis preguntas y yo contestaré a las suyas.

—No tengo inconveniente.

El tono seguía siendo de reto.

Grant, sin descomponerse, se dispuso a arrojar sobre ella nuevos e inquietantes argumentos de los que podía deducirse su culpabilidad.

Entretanto, uno de los criados negros había ido a tierra firme para entregar en la jefatura de policía una carta en la que miss West daba cuenta de lo ocurrido en la isla.

Inmediatamente, se puso la policía en movimiento.

Se montó en la costa un estre-

cho servicio de vigilancia, se avisó a todas las comisarias de cincuenta leguas a la redonda. En una canoa, la canoa de la policía, embarcaron el jefe de ésta, un médico forense y un fotógrafo.

La canoa tomó el camino de la isla de mister Rich.

XII

Estaba Tommy en su habitación, sentado junto a la chimenea y sumido en sus cavilaciones.

Entró Bárbara. Se deslizó suavemente, sin apenas hacer ruido, y se sentó en la cama, frente a Tommy.

También Bárbara estaba triste. Se hallaba aún bajo los efectos de la impresión recibida hacía algunas horas.

—¿Te ha interrogado ya papá?

—preguntó la joven.

—Sí.

—Veo en todo esto una farsa inútil y molesta. ¿No te parece?

—Sí. Pero yo soy el que menos puede manifestar esa opinión.

—¿Por qué?

—Porque sólo faltaría eso para que todos acabaran de creer que yo soy el culpable.

—Eso es absurdo. ¿Quién lo cree?

—No me lo han dicho claramente, pero yo sé que dudan de mí. Es muy natural.

—¿Por qué es natural?

—Todos saben que yo te amo, todos saben que te amaba antes de que Rich se enamorase de ti. Y como Rich se iba a casar contigo, no es extraño que la gente piense en un crimen de celos.

—Es un disparate que piensen eso de ti—protestó Bárbara—. Yo te conozco bien y no toleraré que...

El sonrió complacido ante la vehemencia con que Bárbara le defendía. No se había parado a reflexionar sobre el cambio que su amada había experimentado. Ahora le quería y eso era bastante para que se sintiera feliz, sin que intentara buscar explicaciones a su felicidad.

La interrumpió:

—Tú no puedes impedir nada.

Agradezco mucho tu defensa, pero te recomiendo que desistas de exponer la menor protesta. Con ello no lograrías sino aumentar la desconfianza de la policía. Sólo la indiferencia puede servir en estos casos de algo.

—Es muy difícil permanecer indiferente cuando se comete un atropello semejante.

—No te importe, Bárbara. Aunque me detuvieran, estoy seguro de que acabarían por convencerse de que soy inocente.

—¿Que te detengan? ¿Crees tú que pueden detenerte?

—¿Quién sabe!

La inquietud de Bárbara aumentaba por momentos.

—No digas eso, Tommy. ¿Por qué van a detenerte? ¿Quién es el villano que puede sostener una acusación contra ti?

—No te preocupes, Bárbara. Tranquilízate. Ha sido tan sólo una suposición mía.

Hubo una pausa.

—¿Qué preguntas te hizo papá?

—Que si te quería.

De los labios de Bárbara se escapó una sonrisa de complacencia.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Lo único que podía contestar.

Que te amo como te he amado siempre.

—¡Cuánto te lo agradezco, Tommy!

Nueva pausa. Ella miraba al joven fijamente, con una expresión de amor infinito.

¡Qué distinto aquel hombre del que había estado a punto de llevarse su felicidad!

—Bárbara.

—¿Qué?

—Creo que debes marcharte.

—¿Por qué?

—Porque ésta es mi habitación.

—¿Acaso no puedo estar en tu habitación contigo?

—Ya sabes cómo es la gente. Ya sabes hasta dónde llega la suspicacia de algunos. ¿Qué dirían si te encontrasen aquí?

—Estando a tu lado, Tommy, me importarían muy poco las habladurías de la gente.

—Pero es mejor evitarlas si se pueden evitar.

—Puesto que tú lo quieres, me marcharé.

El la detuvo.

—Pero contenta, has de marcharte contenta.

—Con toda la alegría posible en esta noche fatídica.

—Una noche que yo deseo podamos olvidar muy pronto.

—¿Qué duda cabe? Nuestra felicidad se encargará de ahuyentar todos los malos recuerdos.

—¿De veras lo crees así?

—¿Tú no?

—No me hubiera atrevido, Bárbara. ¡Es tan hermoso lo que me dices!

Le había cogido una mano, que ella se dejaba retener.

—Tommy, he de pedirte una cosa.

—¿Qué cosa, Bárbara?

—Que me des un beso.

El se quedó un poco sorprendido.

—¿Un beso?

—Sí.

La miraba muy de cerca, como ofreciéndole los labios.

El inclinó levemente la cabeza y la besó.

Fue un beso rápido. Los labios de Tommy apenas se atrevieron a rozar los de Bárbara. Era como si temiera profanarlos.

—¿No sabes besar mejor, Tommy? ¿Es que no me amas?

Entonces él, perdida toda prudencia, la rodeó con sus brazos, la es-

trechó contra su pecho y le dió un beso largo y apasionado, en el que parecía querer sorberle el alma.

—¡Qué diferente! — exclamó la joven, pensando en la insana voracidad, en el brillo morboso que había advertido en los ojos de Rich aquella misma noche.

El se quedó perplejo.

—¿Diferente?

—Sí.

—No te entiendo.

—Me alegro de que no me entiendas. No me entenderás nunca. Adiós, Tommy. Te amo.

Y se fué, dejando al joven envuelto en una atmósfera de asombro y de felicidad.

XIII

Mientras Grant continuaba interrogando a los demás huéspedes y servidores del palacio de Rich, Marjorie, cada vez más aferrada a sus sospechas, sospechas confusas e inconfesadas, se había deslizado al jardín.

Iba provista de una linterna y andaba sigilosamente, escurriéndose en las frondas y en las sombras nocturnas.

Había un silencio de muerte en

el jardín y un frío intenso en el corazón de miss West.

Experimentaba la sensación de que le habían arrancado el corazón. En su alma reinaba un gran vacío. ¡Amaba tanto a Gordon Rich!...

Cegaba por él hasta el punto de que había pasado siempre por todo con tal de que él no le negara un rato de conversación y unos besos de vez en cuando.

Muchas veces había tenido que

ceder el paso a nuevos caprichos de Rich y, sin embargo, siempre le había guardado el tesoro de su ahogado amor.

¿Cómo era posible que ahora no estuviera dispuesta a todo, con tal de que la verdad resplandeciera en torno al extraño suceso que había contado la vida a su amado? ¿Cómo podía cruzarse de brazos cuando a lo mejor había un criminal que esperaba quedar sin castigo?

No, no quedaría impune aquel crimen. El asesino, el que había matado al hombre que ella adoraba, purgaría su crimen. Y si la justicia no se encargaba de ello...

Le tembló la mano con que sujetaba la linterna. Ya estaba ante el pabellón de Grant.

La puerta estaba entornada. Empujó, entró.

¿Qué buscaba allí? Nada y todo.

Llegó a la habitación en la que Grant había estado paseando mientras ocurría el suceso.

¿Mientras?

Eso era lo que miss West no podía aceptar. ¿Por qué? En vano se lo preguntaba ella misma. Lo cierto era que no creía que mister Grant hubiera permanecido allí mientras

Rich se desplomaba en su cuarto con el pecho atravesado por una bala.

Y eso iba a buscar: una prueba que confirmara sus sospechas.

¿Dónde podía encontrarla? No lo sabía.

Estaba en pie en medio de la habitación a oscuras. El disco luminoso de su linterna lo iba recorriendo todo lentamente.

Se detuvo sobre un gramófono, un gramófono que estaba abierto.

¿Por qué no estaba cerrado? Esto fué lo primero que le llamó la atención.

Se acercó. Nuevos detalles difíciles de explicar. No había aguja en el brazo del diafragma. Tampoco había ninguna en el recipiente destinado a las agujas usadas.

¿No parecía querer decir esto que el gramófono no había sido utilizado, por lo menos normalmente, es decir, poniendo una placa para recrearse con su música?

Y si no había sido utilizado ¿por qué estaba abierto?

Lo examinó detenidamente. Hizo girar el disco y entonces vió que entre el paño y el aro de metal que lo rodeaba había un trocito de cartulina. Estaba incrustada allí de modo que le costó trabajo sacarla.

Lo consiguió al fin, la puso ante la luz de la linterna y pudo ver que se trataba de un trozo de fotografía.

Se quedó pensando. Pensó largamente. ¿Qué relación podría tener aquello con lo que ella sospechaba y deseaba descubrir?

Pero no hallaba el menor indicio de solución al problema.

Decepcionada y fatigada a causa del esfuerzo mental, se sentó ante la mesa de escritorio.

Encendió la luz de brazo y dejó la linterna sobre el disco del gramófono, para no poner nuevos disturbios en la mesa que pensaba registrar.

Entonces vió que la luz se reflejaba sobre la linterna y que la sombra de ésta se proyectaba sobre los visillos de la ventana.

Inmediatamente le vino a la memoria la declaración de los negros relativa a que habían visto cómo Grant seguía paseando aún después de haber cerrado la ventana.

Era forzoso que le hubieran visto por la sombra, y si le habían visto por la sombra...

Soltó la palanca del freno del gramófono y el disco comenzó a girar.

Y con el disco giraba la linterna,

la linterna cuya sombra pasaba y volvía a pasar sobre los visillos de la ventana.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzar un grito de satisfacción.

Había encontrado una pista que podía llevarla al fin deseado.

Ahora ya no le cubía duda de que Grant había utilizado aquel gramófono para hacer creer a los negros que él continuaba en la habitación, paseando, cuando lo que realmente hacía era dirigirse en busca de Rich para... ¿por qué no había de decirlo?... para asesinarlo.

Le faltaba llegar al fondo del ardid, reproducir con exactitud la estratagema de Grant.

Era difícil, pero no desconfiaba de lograrlo. Tenía el punto de partida. Lo demás...

Lo primero que entonces se le ocurrió fué relacionar el trocito de cartulina incrustado en el disco con el hecho de que la sombra de la linterna pasara y volviera a pasar por los visillos de la ventana.

Examinando el trozo de fotografía, pudo comprobar que estaba recortado con una tijeras. Sólo por la parte superior la rotura era irregular, sin duda a causa del tirón

con que Grant había sacado la fotografía recortada y colocada allí.

¿Unas tijeras?

Las encontró en seguida, en uno de los cajones.

¿Fotografías? En la carpeta.

¿Recortes? En el cesto.

Evidentemente, su labor estaba ya tan adelantada, que no tenía más que ir comprobando todo lo que había descubierto.

Cogió los recortes de fotos que había en el cesto de los papeles y los fué uniendo hasta poder com-

probar que la figura recortada de la fotografía era de hombre.

Entonces recortó ella otra, la puso en el disco, lo hizo girar y pudo ver cómo *la sombra de un hombre pasaba* y volvía a pasar por los visillos de la ventana, como si realmente hubiera dentro de la habitación alguien que paseara.

—¡Ya lo tengo! — exclamó vibrante de alegría, de una alegría terrible y trágica.

Y añadió:

—¡Grant! Tú eres el asesino.

XIV

Al darse cuenta Grant, una vez terminados los interrogatorios, de que no estaba miss West con los demás, sospechó que se hallaba en su pabellón haciendo algún registro, y se apresuró a salir de la casa.

Al llegar al jardín, pudo comprobar que sus sospechas no eran infundadas.

Pero comprobó algo más. Estaba viendo aquella sombra que pasaba y volvía a pasar por los visillos.

¿No era aquello la mejor prueba de que miss West le había descubierto?

Corrió hacia el pabellón y empujó la puerta. Como Marjorie había tenido la precaución de cerrarla, esto no le sirvió sino para ponerla sobre aviso.

Miss West sospechó en seguida que se trataba de Grant, y huyó por la ventana trasera, por aquella misma ventana que le había servido a él para salir de la casa sin ser visto por los criados negros.

Grant dió un rodeo al pabellón, pero no llegó a tiempo.

Sólo pudo utilizar la ventana para entrar en la casa y ver que en el gramófono, prendida en el disco, la silueta recortada por Marjorie, aquella silueta que era la mejor prueba de que ella le había descubierto.

Aun seguía girando el disco. Fácil era deducir que se le había dado cuerda hacía unos minutos. Por consiguiente, Marjorie acababa de huir. Corrió por si podía alcanzarla antes de que pudiera explicar nada a sus amigos.

* * *

Marjorie había conseguido llegar hasta el despacho de Rich, aquella habitación donde estaba aún el cuerpo exánime de la víctima. Grant había dado orden de que no entrara nadie, pero ella rompió la prohibición.

Era preciso. Tenía que hablar con Gordon.

Llegó hasta él. Una mezcla de ho-

rror y de angustia transfiguraba el semblante de miss West cuando se acercó al cadáver.

Había tenido buen cuidado en cerrar la puerta, para aislarse más de los restantes habitantes de la casa. Así estaba más a solas con Rich. Por otra parte, aquella habitación era la última donde a Grant se le ocurriría buscarla.

Se acercó al cuerpo exánime, se arrodilló junto a él y dijo, pugnando por contener los sollozos:

—¡Gordon, ya le tengo!... Es él. Sé que es Grant quien te ha matado. Toda su defensa está en sostener que estaba en su pabellón cuando ocurrió el crimen. Pero yo sé que no estaba. Tengo las pruebas. Y las exhibiré pase lo que pase. Estoy segura de que he obrado con arreglo a tus deseos. En medio de mi inmenso dolor, estoy satisfecha, porque la mano criminal que te ha quitado la vida pagará su delito... ¡Gordon de mi alma! ¡Cuánto siento que no puedas oírme! Ahora ese villano irá a la silla eléctrica. Será una satisfacción para mí. Pero después, ¿qué? Tú ya no estarás. Entonces mi vida no será vida. Lo que siento es no haberla podido dar por ti.

No pudo terminar, porque los sollozos se le agolpaban en la garganta.

Lloró largamente. Después comprendió que no debía permanecer más allí. La estarían echando de menos. Pero ¿cómo bajar en aquel estado? Sería peor. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Antes de

bajar era conveniente que se tomara una tregua para tranquilizarse.

Se separó del cadáver de Rich.

No lo miraría. Sólo así podía estar segura de que no prorrumpiría de nuevo en sollozos.

Se sentó ante la mesa de escritorio. Sacó su polvera de bolsillo y comenzó a empolvase para borrar las huellas del llanto.

Al guardar la borla se le volcó la polvera. Los polvos se desparpararon sobre la carpeta. Intentó reparar el desaguisado para borrar toda huella de su visita a aquella habitación, y pasó la mano por la carpeta para limpiarla.

Entonces ocurrió algo sorprendente. Impulsados por la mano de Marjorie, los polvos cayeron al suelo y la carpeta quedó limpia. Pero no completamente, pues quedaron algunas partículas incrustadas en ciertas depresiones del papel secante. Aquellas depresiones eran las producidas por la punta del lápiz con que Rich había escrito su última carta. Ahora, al introducirse en ellas los polvos, resaltaban de tal modo que miss West pudo leer la carta fácilmente.

Para la policía.

Richard Grant me ha amenazado

de muerte. Si me encuentran muerto, es que Grant me ha matado.

Gordon Rich.

Abrió los ojos desmesuradamente, con expresión triunfal.

Otra prueba contra el abogado, y ésta tan aplastante, que no lograría contrarrestar sus efectos por muy grande que fuera su habilidad y muy profundos sus conocimientos criminalistas.

Rompió el trozo de secante donde quedaban, de modo tan visible, las huellas de la carta, y ya se lo iba a

guardar, cuando una mano cayó sobre su muñeca.

Abogó un grito de sorpresa. Levantó la cabeza y se encontró con los ojos penetrantes de Grant.

El abogado había entrado en la habitación y aunque apenas se preocupó de no hacer ruido, tan absorta estaba Marjorie en su descubrimiento, que no se enteró de su presencia hasta aquel momento... aquel momento en que Grant habría de librar con miss West la batalla decisiva.

XV

—¡Asesino!

Esto fué lo primero que dijo Marjorie una vez se hubo repuesto de la sorpresa.

Grant le arrebató el trozo de secante.

—Le conviene ser prudente.

—¡Asesino!

—Sí. Yo lo maté. Es inútil seguir callando. Ha obrado usted con mucha astucia. Para detective no tiene precio. Es usted la única que ha logrado sospecharlo. La felicito.

—Gracias.

—Ahora tratemos el punto más importante. ¿Piensa usted decirlo a la policía?

—Sí.

—¿Está decidida?

—Nada me desviará de mi propósito.

—¿Qué adelantará usted con eso?

—¿Y usted, un ex fiscal, me lo pregunta?

—Comprendo. Pretende usted servir a la justicia.

—Eso bastaría para que lo denunciara.

—Si usted quiere ser justa, debe callar.

—¡Buen consejo!

—No le quepa duda. Su muerte ha sido un bien.

—Para mí no.

—Mi hija iba a ser desgraciada. Ahora será feliz.

—¿Qué me importa a mí su hija!

—¿Acaso usted no ha sido beneficiada?

—¿En qué sentido?

—En el de que heredará toda la fortuna de Rich.

—No me importa la fortuna.

—Diviértase y olvídelo todo.

—Eso lo haré después de que usted haya ido a la silla eléctrica.

Comprendió Grant que por el camino de la persuasión no iría a ninguna parte.

Aquella mujer estaba decidida a denunciarle a la policía. Pero ¿acaso no tenía Grant otros medios de hacerla desistir?

Los tenía. Los puso en práctica.

—Conque la silla eléctrica, ¿eh? ¿De modo que usted confía en que me envíen a la silla eléctrica?

—Sí.

—Pues se equivoca usted.

—Lo veremos.

—Yo no iré a la silla eléctrica.

—¿Nunca?

—¡Nunca!

—Demostraré a la policía que fué usted el asesino.

—Ahora falta que la crean.

—Me creerán, porque tengo pruebas irrefutables.

—Por muchas pruebas que usted tenga, no logrará nada.

—Es usted un iluso.

—¿Sabe usted lo que es un juicio?

—Lo sabré cuando haya visto el suyo.

—¿El mío?

—Sí.

—¿Un juicio en el que aparezca yo como acusado?

—Sí.

—Puedo asegurarle que ese juicio no se verá. Ahora quiero que usted vea lo que es un juicio. Supongamos que yo soy el fiscal y que usted es la acusada.

—No puedo serlo.

—Sí. Hay pruebas de sobra para que lo sea.

—¿Qué pruebas?

—Va usted a conocerlas en seguida. Voy a representar el papel de fiscal.

Grant comenzó a pasear por la habitación. De pronto se detuvo ante la mesa de escritorio donde Marjorie continuaba sentada y le dijo en tono acusador:

—Usted quería a mister Rich, ¿no es cierto?

—Sí—contestó miss West retadoramente.

—El hizo testamento a su favor, ¿verdad?

—Sí.

—¿De modo que usted sabía que la fortuna de Rich era para usted?

—Lo sabía.

—Pero Rich, de pronto, decidió casarse con otra mujer. ¿Ignoraba usted esto?

—No lo ignoraba.

—Lo que quería decir que la fortuna de Rich no sería ya para usted. De eso estaba usted convencida.

—Sí.

—Iba usted a perder al hombre que amaba y su fortuna. Esto la exasperó. Riñeron...

—¡No reñimos! —protestó Marjorie.

—¿Cómo puede usted probar que no riñeron?

Por primera vez hizo la confusión presa en el ánimo de Marjorie.

Verdaderamente, ¿cómo probar que no había reñido con Rich?

Y aquella riña, tal como Grant la presentaba, ¡parecía tan lógica!

—Yo diré que la oí cómo reñía con Gordon Rich — le amenazó Grant sonriendo diabólicamente.

Ella se sobrepuso a su inquietud.

—¡No me importa! No le tengo miedo.

—Riñeron por la afrenta y el desprecio que él iba a hacerle.

—¡No reñimos!

—Sí, riñeron. Usted habrá de aceptar que riñeron. Usted fué más tarde a su habitación. ¿Acaso no fué usted a su habitación más tarde? Yo la oí. Usted golpeó suavemente la puerta y rogó a Rich que la dejara entrar. No puede usted negarlo.

—Pues bien, sí que fuí a la habitación de Rich.

—Perfectamente.

—Pero no dejó en ella ninguna huella. ¿Cómo probará usted que yo estuve en el recinto del crimen?

—Dejó usted impresiones digitales en la puerta.

Otra vez se azoró Marjorie.

—Además— dijo Grant aprovechando aquel momento de confusión—la oyeron gritar a usted. Reconocieron su voz. Fué su grito el que les hizo comprender que algo extraordinario sucedía. Corrieron. Llegaron a la habitación donde estaba Rich y ya no la encontraron a usted. Usted había huído. ¿Por qué huyó después de gritar?

Miss West no contestaba. Com-

prendía lo inútil de su defensa... Cualquier palabra que tendiera a demostrar su inocencia, sería aprovechada por mister Grant para probar lo contrario.

—¿Comprende usted la importancia de todo esto?—preguntó mister Grant—. ¿Se da usted cuenta de la base que todo eso ofrece para convencer a un jurado? ¿Sabe usted cómo se convence a un jurado?

Sonrió para aumentar la turbación de Marjorie, y añadió:

—Usted no sabe nada de eso. En cambio, yo sí que lo sé. He convencido a muchos jurados en esta vida. Escuche usted y verá con qué facilidad se convence a un jurado.

Se volvió Grant hacia el imaginario tribunal y exclamó:

—Señor juez, señores del jurado: A esta mujer se la acusa del asesinato de mister Rich. Ella niega que Rich la había abandonado. Iba a casarse con una joven bella e inocente. La acusada se puso frenética al saber que iba a ser suplantada por otra mujer, otra mujer que le quitaba, no sólo el corazón de Gordon, sino también su fortuna... Todo esto es tan natural, señores del jurado, que no hace fal-

ta insistir sobre ello. Lo extraño sería que no hubiese ocurrido así.

Señaló a miss West acusadora-mente con su índice.

—Miradla. En su rostro no se lee el crimen, pero se esconde en su corazón. Aquella noche, cuando todos se habían acostado, ella salió de su habitación y se dirigió a la de Rich. Llamó. El le abrió la puerta. ¿Lo había hecho tantas veces!... Ella entró. Sonreía, pero aquella sonrisa no era más que una máscara de sus propósitos. Llevaba un revólver oculto entre los pliegues del salto de cama. El, muy lejos de sospechar sus infames propósitos, la dejó que se acercara. Antes de que Rich tuviera tiempo de gritar, ella oprimió el gatillo y Gordon Rich se desplomó sin vida. Entonces, para ocultar su crimen, le puso el revólver en la mano.

La trágica y hábil descripción había conmovido a Marjorie profundamente. Creía estar viendo todo lo que Grant iba imaginando.

—¡Miradla! —exclamó entonces el abogado—. Esa turbación es la mejor prueba de su culpa. ¿Qué otra persona podía obtener el menor provecho de la muerte de Rich? Nadie le odiaba. Sólo ella. Lo ma-

tó antes de que pudiera cambiar su testamento. Lo mató también porque los celos la cegaban. Esto es evidente. Puedo probar que la intención de Rich era cambiar el testamento, desheredar a esta mujer.

Aterrada, vencida, Marjorie había ocultado el rostro entre las manos al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Calle! ¡Calle!

Y entonces calló Grant. En su semblante había una expresión de triunfo. Había logrado convencer a Marjorie de que sus acusaciones se volverían contra ella.

Se apoyó en la mesa y dijo casi al oído de miss West:

—Maté a Rich para salvar a mi hija. He arriesgado mi vida por su felicidad. Ahora, por salvarme yo, no vacilaré en enviarla a la silla eléctrica.

Miss West no contestó. Lloraba silenciosamente.

Se oyó una sirena.

—Ahí está la lancha de la policía—dijo Grant—. No olvide usted lo que acabo de decirle. Le conviene salir de aquí. Váyase y no olvide sus polvos.

Marjorie salió.

Tras ella, dejó la habitación del crimen mister Grant.

XVI

Entró el jefe de policía acompañado del médico forense y de un fotógrafo.

—Mister Grant estará aquí dentro de un momento—dijo el criado.

—¿Richard Grant? No sabía que estuviera aquí.

—Sí, señor. Está. Con permiso de ustedes voy a avisarle.

Llegó en seguida el abogado.

El jefe de policía le recibió efusivamente.

—¡Hola, hombre! ¡No sabía que estuvieras aquí!

—Pues aquí me tienes. ¿Qué es de tu vida? Tampoco podía yo sospechar que esta isla perteneciera a tu jurisdicción.

—Ya sabes que cuando estaba en Nueva York me trasladaron.

—Sí, eso lo sabía, pero no que estuvieras aquí.

Entró miss West sin que nadie le dijera nada.

El jefe de policía, reconociéndola, la saludó y se quedó un poco sorprendido ante la extraña expresión de su semblante, y muy especialmente, la desesperación y el desvarío. Había en aquellos ojos algo siniestro.

Grant comprendió en seguida que Marjorie estaba decidida a todo. ¿Tan pronto se le había pasado el efecto que en el alma de ella habían

producido las palabras del abogado?

Tendría que llevar mucho cuidado para impedir que miss West, en un arrebató de ira, dijera lo que debía callar.

—¡Un asesinato sensacional! — exclamó el jefe de policía.

—Nada de asesinato, hombre. Todo indica que Rich se suicidó.

Grant había lanzado esta réplica como si no le diera importancia.

—¿Has investigado? — preguntó el policía.

—Detenidamente. Por eso te digo que se trata de un suicidio.

El policía dirigió a miss West una mirada interrogadora.

—La carta de miss West decía que se trataba de un asesinato — declaró el policía.

Ella estuvo a punto de contestar, pero Grant lo impidió.

—Nuestra pobre amiga está abrumada. No le pidas clarividencia en estos momentos.

Y añadió para reforzar su argumento:

—No puedo comprender por qué se mató Gordon Rich.

Miss West estuvo tentada de decir: "¡No se mató!". Había entrado en aquella habitación decidida a echarlo todo a rodar, a decir la verdad aunque le costara ir a la silla eléctrica. Pero he aquí que en aquel momento culminante le faltó el valor para llevar a cabo su propósito y calló.

Calló mientras el jefe de policía la miraba intrigado por aquella lucha que la dama estaba sosteniendo.

—No puede comprender por qué se mató—insistió Grant.

—Pero ¿por qué se mató?—preguntó el policía.

—No lo sé.

—Echemos una mirada a la víctima.

El forense se inclinó sobre el cadáver.

Examinó la herida.

—La bala le atravesó un pulmón.

—¿Han tocado algo? — preguntó el jefe de policía.

—Todo está como estaba cuando encontraron muerto a Rich.

—Perfectamente.

Y mientras el forense continuaba su examen, el jefe de policía dijo a Grant, muy orgulloso:

—¿Sabes que mi hijo vuelve a jugar al fútbol este año? Está hecho un campeón.

—Me alegro. Es un gran muchacho.

—¡Si le vieras ahora! ¡Está desconocido!

El forense terminó su examen.

—Necesitamos la camisa. En ella se ve claramente la posición de la mano de la víctima al aplicarse al pecho el revólver.

—¿Está claro que se trata de un suicidio? — preguntó el policía.

—Clarísimo—repuso el forense.

Grant dirigió una mirada a miss West y la vio luchar nuevamente con su propósito de decir la verdad. Pero se quedó tranquilo al comprobar que Marjorie no tenía valor. No cabía esperar que lo tuviera después. Marjorie no diría nada.

El jefe de policía examinaba el revólver con la lupa.

—Es su revólver—dijo Grant—. De eso estoy seguro, porque le acompañé a comprarlo. ¿Vas a quitárselo de la mano?

—No hace falta. Se ve bien claro que sólo tiene las huellas de sus dedos.

Tiró el fotógrafo algunas placas.

—¡Con qué fuerza tiene cogido el revólver! — exclamó el jefe de policía.

—En efecto — respondió el forense—. Es un caso característico de *rigor mortis*.

—¿Qué significa eso?

—El encogimiento de los músculos de una persona muerta.

—¿De modo que los músculos se encogen?

—Lo pueden ustedes ver en la otra mano. Vean cómo se va cerrando poco a poco.

—Bien — dijo el jefe de policía. —Llevémonos el cadáver.

Y ya se disponían a hacerlo cuando miss West gritó:

—¡No!

Al fin había encontrado el valor necesario para contarle todo.

Pero no pudo hacerlo porque en este momento ocurrió algo trágico e imprevisto.

La mano del muerto se iba cerrando sobre el revólver, su índice oprimió el gatillo y sonó un disparo. Como mister Grant estaba delante, a él le alcanzó el tiro.

El abogado se desplomó.

De su pecho comenzó a manar la sangre.

El forense pudo comprobar en seguida que la herida era mortal de necesidad.

Exclamó Grant:

—No creí que pudieras cumplir tu palabra, Rich.

Y recordaba la amenaza de Gordon. Recordaba que él le había prometido vengarse e incluso después de muerto.

Acudieron todos los que estaban en la casa.

Bárbara lanzó un grito y cayó de rodillas sobre el cuerpo de su padre llorando desesperadamente.

Bárbara lo había visto todo por-

que estaba en la habitación del crimen acompañada de Tommy. Al oír el disparo, al ver caer a su padre, una misma mirada de horror pudo verse en los ojos de ambos.

—¡Papá! ¡Papá! — gritó Bárbara enloquecida.

Y él suspiró:

—No te preocupes, hija mía, tienes a Tommy.

Y como también Tommy se había acercado, añadió:

—Cúidala bien, Tommy... Todo por su felicidad.

Fueron éstas sus últimas palabras.

Tommy se llevó a Bárbara, que sollozaba desgarradamente.

El jefe de policía, una vez repuesto de la impresión, preguntó a miss West:

—¿Qué iba usted a decir?

Pero miss West comprendió que su confesión ya no tenía objeto. Grant había pagado. Diciendo toda la verdad sólo conseguiría hacer desgraciada a Bárbara, que era inocente.

Por eso contestó:

—No tenía nada que decir. Sólo que no se lleven tan pronto a Gordon Rich. ¿Qué será de mí sin él?

Prorrumpió en sollozos.

Y llorando continuaba, llorando como Bárbara, cuando se llevaron no sólo el cuerpo de Rich, sino también el de Richard Grant.

Pero Bárbara sería feliz algún día, sería feliz porque amaba a un hombre generoso y porque contaba con la adoración de él.

FIN

Aviso importante

¡No se deje sorprender!
Exija siempre las novelas de

Ediciones Bistagne

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales
de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- La viuda alegre
El gran desafío
Miguel Strogoff o el
Correo del zar
La princesa que supo
amar
El coche número 13
Una familia
Mace Nostrum
Narcís, el hombre que se
vanició
Cebra
El du de Montecarlo
Vida bohemia
Zara
Adios, juventud!
El indio errante
La mujer decuada
La de Ramona
Cazadora
Novel imperial
Don Juan, el buclador
de Sevilla
Noche mágica
El seductor de la
Bela Brava
Los encantados del fuego
La mariposa de oro
Ben-Hur
El demonio y la carne
La espada del Libano
La tierra de todos
Tifón
El rey de reyes
La ciudad castigada
Sangre y arena
Agallas tridentadas
El serpiente Malacón
El capitan Sorell
El jardín del edén
La princesa mágica
Ramona
Dos amantes
El príncipe estudiante
Ana Karenina
El asesino de la cruz
La mujer divina
Alas
Cuatro hijos
El carnaval de Venecia
El ángel de la calle
La última alza
El asesino
Acusados
Moulin Rouge
La ballarina de la Ope-
ra
Ben Ali
Los cuatro diablos
Río, paraiso del
Volcan, Volcan
La simfonia poética
Un cierto muchacho
Novelización
La ruta de Singapore
La actriz
Mister Wu
Mister
El detective
Los tres señores
La melodia del amor
Cristina, la holandesa
Viva Madrid, que se
el pueblo!
Sombras blancas
La copia absoluta
Los corrales
Leona
El conde de Montecarlo
La mujer ligera
Viridiana moderna
El paragon de Tabil
Ratillas dichosas
La sarda del 88
Solo en el cielo
Españoles
Evangeline
Crónicas salvajes
El caballero
Españoles
La maldición del diablo
El pan nuestro de cada
dia
Victoria hidalgo
Postales
Tentación
La vendetta
El loco
Ella se va a la guerra
Los hijos de nadie
El pastor de ovejas
Santa Isabel de Ceres
Las dos hermanas
La canción de la estepa
El precio de un beso
La raposita del campanido
Delicatessen
Del mismo hama
Estrellados
Centro de infancia
Olimpia
Monica de Sans-Gina
Sombra de gloria
Mamba
Letido de amor
Molly (la gran parada)
El valiente
De frente, marchen!
Dum
El presidente
Romanos
El gran charco
Tempestad
El día del mar
Anne Christie
Sirena de mis amores
Misterios nuevos
Ben-Hur (edición popu-
lar)
La incorrección
El malin
El sava real
Bajo los techos de París
Wo-li-chang
Montecarlo
Camino del infierno
Mio serás!
Alacran
La mujer que amamos
Al corazón de 3/4
La primera de amamos
Amante de amor
El gran desafío (edición
popular)
Don Harry, mujer de
pasion
La viuda alegre (edición
popular)
Ángeles del infierno
Cuerpo y alma
El inmortal
Rencos a matar
Esclavos de la mar
Pau Calé
Hay que casar al pri-
mo
Inspiración
El premio de Mary
Durga
En cada cuarto un amor
Misterios
Conoce a tu mujer!
El millón
La mujer X
Gente alegre
Mar de fondo
La dama errante
La dama amara
La ley del furor
Vidas transidas
La sarda del mar
Tibó
El valiente acuna
Para piernas largas
Trader Huta
Un yamón en la corte
del rey Arturo
El código vici
La otra verdad
Maternidad, o el derecho
la vida (fuera de se-
rie)
Cartón (la tragedia de
la vida)
Estudioso
Las perlas de Gileps
(Que vividos)
El camino de la vida
Nombres de Viena
Mamá
Eran tres
Christ-Budd
Máximo una vez
Camaronas de laja
Los hijos de la calle
La divorciada
Madame Batán
¿Quién te suicidas?
Marica
El carnet amarillo
Monstruo - tu madre
Su última noche
Las alegres chicas de
Viena
Viva la libertad!
Malvada
El tratamiento del amor
Delicieux
Cielo robado
Amoroso infierno
Honra entre amantes
Foco alencar le luna
El hombre que amó
Mister
Lo colé
El pregué
Milicia de paz
Amores de medianoche
Miguel Strogoff o el
Correo del zar (edi-
ción popular)
La hermana San Sulpicio
El demonio y la carne
(edición popular)
La dama misteriosa
Las siervas de la Virgen
Pau Calé
Año obra
Al Capone (Pánico en
Chicago)
Mi último amor
Muchachos de uniforme
Marido y mujer
Mata-Hari
Concetta (fuera de se-
rie)
Caceleras
Erase una vez un vala
Hombres en mi vida
Niebla
Jabón
Indecible
Taratá de los ramos
El terror del hampa
La vuelta al mundo por
Douglas Fairbanks
Chica bien
Nación casados
Champ (El campeón)
La sarda del lagar
Los amores de José Mo-
lina (fuera de serie)
El caballero de la noche
Arden Lucía
La dama del 13
Amor en venta
El pecado de Medellín
Cinco
La casa de los muertos
Titanes del cielo
El proceso Dreyfus
La vida de un gran ar-
chivo
El último vardo sobre la
Tierra
Fantomas
Violatas imperiales
Soy un fugitivo
Terrell
La película de las estrellas
Grand Hotel (fuera de
serie)
Hollywood al desnudo
Sangre roja
Kama
Intimidad en otoño
El hijo del destino
Ella o ninguno
El enemigo en la sangre
El azul del cielo
El monstruo de la ciudad
El hombre que se rola del
amor
Rogeo Lenox
Mecado de mujeres

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la
Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA PRINCESA SE DIVIERTE

Deliciosa opereta, interpretada por
MARTA EGGERTH.

En preparación:

LA MANO ASESINA

Emocionante asunto, interpretado por
BEN LYON y B. WEEKS.

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Paseje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Colección de usted los nuevos
aciertos de

Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elsa Landl, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stow, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chausard, Pauline Garon.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.

PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbett, Lupe Vélez, etc.

LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.

EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Lorena Young, etc.

CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.

CONDENADO, por Ronald Colman.

MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.

ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.

EL DORADO OESTE, por George O'Brien.

ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.

LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.

SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.

TRAS LA MÁSCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.

TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.

ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.

AGUILAS HUMANAS, Liane Haid, etc.

Lujosa presentación. 5 interesantes fotografías en papel couché.

Precio: 50 céntimos

LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDU (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.

EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.

NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Fröhlich.

LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.

¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.

PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lili Dagover, Otto Gebühr, etc.

UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.

DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.

EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.

RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.

ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.

LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.

EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.

Inmejorable presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché. Precio: 50 céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché.
Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.
Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

32 páginas de texto. - 5 ilustraciones interiores.
Postal-regalo. Precio: 30 cts.

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novellita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción completos. Inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a aristas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas-
220 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

Exclusiva de distribución en
España

**SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS Y
PUBLICACIONES, S. A.**

Barbaró, 16 - BARCELONA

Evaristo San Miguel, 11 - MADRID